

Prosa de la nación

Ensayos de literatura cubana

PEDRO MARQUÉS DE ARMAS



Edición: Duanel Díaz Infante
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Pedro Marqués de Armas, 2017
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2017

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

GRAN SALTO HACIA FUERA

La mejor parte de la poesía de Ángel Escobar, la zona de clímax es aquella que deviene juego de identidades. Juego dramático, donde se debate no solo la escritura sino también la existencia, pero juego al fin. De él nos quedan esas cartografías del Yo, esas poblaciones del Otro y del Mismo (“La salud como literatura, como escritura, consiste en inventar un pueblo que falta”, decía Deleuze) y esas transiciones del ser al no ser por las que fluyen los nombres-de-la-historia. Su poesía es juego y delirio; y allí donde intercala el plano de su vida, es el drama de quien vio su mente azotada por fantasmas, “huéspedes” y “ajenos” que su propia mente le enviaba desde “afuera” y que pudo, tantas veces, conjurar o detener.

Le conocí en 1985 por la foto de *Usted es la culpable*, antología que reunió a los mejores poetas de su generación. En uno de sus textos allí incluidos, Ángel Escobar lanzaba su “maldición de hijo de obrero”. Tal vez porque esa manera no estaba a tono con mis búsquedas de entonces, perdí su pista durante algún tiempo. Pero después vendría *La vía pública*, que despertó el júbilo de algunos poetas de mi promoción. Cuando en 1987 lo escuché leer sus poemas en Santiago de Cuba, comprendí que estaba ante un poeta singular, ante una dicción y experiencia únicas. Un año más tarde, en la Quinta de los Molinos, hicimos una lectura. De una parte estábamos Ismael González Castañer, Juan Carlos Flores, Almelio Calderón y yo; y de otra leyeron él y su cercano amigo Efraín Rodríguez Santana.

En mi caso, así se inició la amistad. Llegaron visitas a su casa en Alamar, encuentros y otras lecturas que abrieron un campo de influencias mutuas, tanto literarias como extraliterarias. Asistimos, durante esos días, al surgimiento de los poemas que integran *Abuso de confianza*, que considero el mejor de sus libros. Después me haría llegar una copia mecanografiada a las lomas de Oriente, adonde me había ido a trabajar. Por fin tuve en mi poder esos poemas, que releí todo un año entre lecturas de Rimbaud y Martí. Puesto que el mismo animismo los animaba, fue ocasión asombrosa leerlos juntos, entre los “ruidos estridentes” y “son fluido” de las selvas. Tuve la intención de escribir sobre *Abuso de confianza* (antes lo había hecho sobre *La vía pública*), pero no lo hice; le debo esa descortesía.

A la vuelta de su viaje a Chile, lo presenté en la lectura que hizo en la Azotea. Escribí: “Aquel para quien todo arquetipo es vano no necesita justificación entre los símbolos. Si nos acercáramos, sería el eco de nuestra tardanza lo que percibiríamos. El juicio habría concluido, así como acaba el siglo y el Mesías no llega. Sabiduría de una tardanza en la que él gusta ahondar. Su poesía se suscribe como historia de Nadie, de Ninguno. Podrán Dionisos y el Crucificado ser el mismo. Podrán lunas, piedras y cabezas no ser conjuntos sucesivos y las caras de su cara repetirse en el lago hasta la extenuación. Pero la errancia del Otro será siempre la sabiduría del Mismo, todos los nombres de la historia y ese ruido que va dejando...”

En cierta ocasión (ya en el Hospital Ameijeiras, donde fui su médico entre 1996 y 98), le pregunté si aquella “maldición de hijo de obrero” había sido lanzada a favor, o en su contra. Pero vida y literatura son más que irreconciliables. Si por la vida Escobar no podía olvidar, por la página abrió vías de escape. Un escapar lúcido, que desborda cualquier materia vivible o vivida y anula, por supuesto,

la pregunta por el origen. Pues de algún modo Escobar sí escapó a Sitiocampo, al convertir aquel pequeño case-río en la más abierta Oklahoma. Ciertos lugares que imaginó, ciertos trazos de escritura los volvieron reales. El problema de la identidad y lo racial, lejos de atascarse en él, encontró líneas de fuga. Otro poeta negro, el antillano Dereck Walcott, que desconozco si Escobar alcanzó a leer, en un poema que dedica a Joseph Brodsky, *Bosques de Europa*, escribe:

En tu lengua de exilio, pisando fuerte
los sonidos guturales crepitan como hojas secas,
y la frase de Mandelstam
("el crujir de los billetes de rublo junto al Neva"),
gira luminosa en un cuarto marrón,
en la árida Oklahoma

Escobar pudo escribir:

Algo o alguien termina en Sitiocampo
u Oklahoma, bajo la luna en Siberia
en Piura o Praga.

Intuyendo esa verdad del escritor moderno, plegó su escritura a la de otros poetas –Vallejo, de Rokha, Borges, Martí; otras vidas, otros mundos posibles– como quien tiende un mapa sobre las pocas tierras que se poseen, esas que sabemos "excesivamente arduas". Él también escribió en una lengua de exilio, en el afuera de una historia que se le escurría sin diques de ninguna clase –porque en su soledad poblada iba solo, aunque paradójicamente se volviera (en el espanto último) hacia tantos referentes hijos: la infancia, la patria, la sombra del cernícalo.

Todo poeta arrastra el peso de sus manías. Es cierto que Ángel Escobar se repite, pero tras la repetición asoma su diferencia. En este orden creo que están poemas como “La Edad”, en el que escribe:

Blanca, Blanca Armenteros,
Alicia te dejó
“Toma tu píldora –húyete
me dicen
–di el paso al frente y ahora
ya está
dado
al frente al frente al frente
al lado al lado al lado

o como “Hospitales”:

Yo vi a Rimbaud amarado en una cama
y al Papá protagónico amarrándolo duro.

o “El Escogido”. Hay otros. Muchos más. Cada uno puede hacer su lista. Pero estos bastan para “escogerlo” entre los mejores poetas cubanos de este siglo a punto de acabar.

En sus años finales me tocó la difícil tarea de asistirle como psiquiatra. Fracaso total, pues poco podía hacer frente a un proceso que avanzaba inexorable y devastadoramente. En varias ocasiones hicimos “pactos de vida” a nombre de una ética en la que ninguno de los dos creíamos. Mientras pudo, ironizó con la idea de la muerte, acomodándose a ella. Pero un día no pudo más, y dio el gran salto hacia fuera. Por fin el salto que incubó durante años, alimentándolo con una medida y proporción que no eran

necesariamente los de su escritura. Y fue la tardanza, estoy seguro, porque de algún modo ya había estado en esa región. Errante sin fin, tratando de escapar a hurtadillas del conocimiento, nos visita como el ángel benévolo que fue, para partir una vez más.

(1998)

II

En el 2006, ediciones Unión publicó su *Poesía completa*. Al releerlo en los últimos años, descubro lo lejos que estaba al escribir los párrafos anteriores, de comprender su poesía, y sigo pensando que es tarea imposible. En primer lugar, porque la suya es una experiencia “intransferible”, como un día me dijo. Leyéndolo ahora, y revisando sus cartas, comprendo que no podía desprenderse de sí, de su conciencia torturada. Pero su testimonio, desgarrador, trasciende en algún punto su drama personal... Para ser también la exploración de un desarraigo colectivo, nada abstracto, que lo encadena a una condición marginal. Devuelve, como el que repite una comida, los sonidos más incómodos y las pesadillas más vigiles, propias de quien se siente roto desde la eternidad.

Sus nombres –Ángel, Cobar, Schreber– y las voces y lugares que lo circundan, se funden en un registro vivo y material, tal vez *demasiado humano*, que revela las contradicciones de una tradición, la cubana, pero también la latinoamericana, donde el poeta no puede mostrar tal desnudez sino al precio de enloquecer. Su poesía revela incluso los límites de la función poética, en la que busca refugio, pero que se le aparece acoplada a una serie de deudas: el espíritu racial, el poder político y letrado, la nación misma. Sensible a todo eso, forcejeado siempre por

lo auténtico, explora en sus deudas como si quisiera saldarlas, para toparse con un mundo hostil o más a menudo cínico e ilusorio.

Negro, huérfano e internado desde niño en escuelas estatales, sale a flote pero al final el desencanto le pasa factura. El desastre de la Utopía terminó por encarnar en su cuerpo. Su escritura, áspera y amarga, no exenta de humor kafkiano, traduce también el drama de su generación, al confirmar que la justicia prometida y la historia se volvieron, en último término, teatro y falsificación. Por eso, sus incesantes nombres y las voces del Otro (la suya es una escritura del doble), son a la vez una repuesta al simulacro. Su propia muerte, que anticipa en sus poemas una y otra vez, y el lugar secundario del negro en la sociedad, sino también en la poesía cubana, sellan su experiencia.

Se respira en sus versos el miedo y el cansancio, junto a una sabiduría que es ya póstumo auxilio. “Tengo miedo, pero mañana me voy p’a Sibanicú, mañana...”. En su magnífico poema “Coloquial”, que nunca incorporó en sus libros (apareció en un disco duro tras su muerte), da cuenta del comienzo de su locura durante un viaje a la Unión Soviética. Este poema expresa la percepción que Escobar tiene del poder, en sentido amplio, y del desvalimiento del individuo; y, lo que es más, manifiesta, junto a la vulnerabilidad, su intransigencia frente a un mundo siniestro copado de policías. En este episodio, 20 de marzo de 1987, cifra su muerte. Tras el telón de fondo del Centenario de la Revolución Francesa, le caen encima “cuatro muertos de adentro”, y los otros, los “de Tiananmen”. Se vuelve hacia su madre pero no está. Aun así, dice, “no hallan qué hacer conmigo”.

(2016)

ÍNDICE

- Estertores de Julián del Casal / 7
- El trazo Martí. Notas sobre la escritura del Diario / 20
- Orígenes y los ochenta / 29
- Lezama y las hormigas. Rutas de un imaginario / 33
- Fragmentos no tanto a su imán / 47
- Entre lúdico y agónico / 65
- Relato Piñera / 74
- “La gran puta”, una ficción criminal / 79
- La zorra y el erizo. Notas sobre política y lenguaje / 83
- Charla sobre Piñera / 89
- Sobre “La ronda” de Zequeira / 103
- Literatura y totalitarismo. Experiencia Diáspora(s) / 109
- Tras la reja del lenguaje / 115
- Gran salto hacia fuera / 121
- Una mano mutante / 127
- Horizontalidad / 129
- Poesía cubana. Al lector portugués / 133
- Boceto de mercado / 150
- Acotaciones / 155

Libros publicados en *Editorial Casa Vacía*

2016

1. Lorenzo García Vega: *Ficción en cajitas*. (Narrativa).
2. Pablo de Cuba Soria: *Libro de College Station*. (Prosa)
3. Duanel Díaz (compilador y prologuista): *Una literatura sin cualidades. Escritores cubanos de la Generación Cero*. (Antología de poesía, narrativa, ensayo y crónica)
4. Abel Fernández-Larrea: *Berlineses*. (Cuentos)
5. Silvia Guerra / José Kozar: *Todo comienzo lugar*. (Poesía)
6. Rolando Jorge: *No te lleves esa palabra*. (Diario, cuaderno de apuntes)
7. Luis Carlos Ayarza: *Enjambre de zepelines*. (Ensayos)
8. Lorenzo García Vega: *Cuaderno del Bag Boy*. (Diario)
9. Javier Marimón: *Sinalectas*. (Poesía)

2017

10. Enrique Rodríguez-Araújo: *Mujer Policía y otros relatos*. (Cuentos)
11. Michael H. Miranda: *Diario de Olympia Heights*. (Diario)

12. Idalia Morejón Arnaiz: *Cuaderno de vías paralelas*. (Poesía)
13. José Prats Sariol: *Lezama Lima o el azar concurrente*. (Ensayos)
14. Legna Rodríguez Iglesias: *Transtucé*. (Poesía)
15. René Rubí Cordoví: *Apegos del pez rayando*. (Poesía)
16. Pablo de Cuba Soria: *Gago Mundo*. (Poesía)
17. Rogelio Saunders: *Poesía. Volumen I* (Poesía)
18. Rogelio Saunders: *Poesía Volumen II* (Poesía)
19. Rocío Cerón: *Basalto* (Poesía)
20. Óscar Cruz: *Mano dura/ Una indicación* (Poesía, traducciones, miscelánea)